

Jover, Joaquín

Declamacion patriotica y militar, que manifiesta el verdadero origen de la decadencia de España, y el remedio eficaz para que vuelva a su antiguo glorioso ser / por el coronel D. Joaquin Jover

En Valencia : En la Imprenta de Benito Monfort, 1810

Signatura: FEV-AV-P-01085

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

MEJ



42 pag



Ex libris

Jesús Rodríguez Salmones

CB: 6000000 126599

FEV-AV-P-01085

3390



DECLAMACION

PATRIÓTICA Y MILITAR,

QUE MANIFIESTA

EL VERDADERO ORIGEN

DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA,

Y EL REMEDIO EFICAZ PARA QUE

VUELVA A SU ANTERIO GLORIOSO ESTADO.

POR

EL CORONEL D. JOAQUIN JONER.

VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE D. BERNITO MONTORT,

AÑO 1813.

Á LA SOBERANA EMPERATRIZ
DE CIELOS Y TIERRA, PROTECTORA DE LOS
ESPAÑÓLES, DISPENSADORA DE LAS GRACIAS
TODAS, MADRE AMANTÍSIMA DE LOS VALEN-
CIANOS, GENERALÍSIMA DE SUS EXÉRCITOS,
MARÍA SANTÍSIMA DE DESAMPARADOS.

AUGUSTÍSIMA SEÑORA.

Señora.

El polvo, exáltado por la indecible dignacion de V. M. Excelsa, que habita sobre lo visible, á una gloria que el mundo todo admira y no acaba de comprehender bastante, vuelve á vos todo lo que no es polvo, y se confiesa eternamente obligado á V. M. Excelsa, poniendo hasta sus pensamientos al pie del Trono eterno de vuestra grandeza. Esta Declamacion patriótica y militar, fundada en los sólidos principios de la Religion, única verdadera, que fundó vuestro divino Hijo, y á la que vos, Madre y Maestra de toda virtud, alimentasteis tanto tiempo, y alimentais aun con el suave nectar de vuestros pechos, de vuestra proteccion, de vuestro indecible influxo, de vuestra gracia; ¿á donde podia ni debia dirigirse mejor que á vuestros pies soberanos, á vuestra divina sombra? Si ella ha sido formada á los pies de vuestra imágen, inspirada, dirigida por

vos, ¿puede tener alguna cosa buena que no sea de vos? Si ella se dirige á encender el fuego sagrado que encendió vuestro Hijo divino en la tierra, que quiso ardiera siempre, y que casi está apagado por nuestra débil humanidad; si ella se dirige á electri-
zar á lo católico los corazones todos de los Españoles, hijos vuestros por tantos títulos; si ella en fin se dirige á ponerles á la vista, que pueden ser aun invencibles, superiores á todos los obstáculos, y triunfadores de todos los enemigos de aquel fuego, pues tienen visible todavía vuestro amparo, ¿no debe de justicia arrojarse á vuestros pies, y confesarse toda, toda obra de vuestra diestra?

Recibid pues, Piadosísima Señora, este pequeño tributo de un corazón valenciano, y no mireis sus defectos, sino el afecto con que os lo ofrece, el buen deseo que le anima de cooperar por este medio á la exáltacion de vuestro divino Hijo, al conocimiento de vuestro poder excelso, y singular Patrocinio sobre Valencia y su Reyno, al triunfo de la Religion, á la dulce tranquilidad de los Españoles, y á la libertad de su muy suspirado Monarca Fernando VII.

Soberana Emperatriz de Cielo y tierra.

Señora.

A los pies de V. M. Excelsa, que humildemente adora el mas inútil de vuestros hijos:

Joaquin Jovér.

Almados patriotas: El alto grado de heroísmo á que debe llegar la Nación valenciana y todos los Españoles, si quieren de veras ser libres, y al que con tanta energía se dirigió en los principios de esta revolución, ya hollando en otras Provincias las soberbias Legiones del monstruo de nuestro siglo, y ya ahuyentándolas de los muros de su Capital con solo los brazos de sus hijos, me estimula á atizar ó tal vez encender el fuego sagrado de aquella energía, apartando todas las humedades que lo impiden, y que desdican de la nobleza de la causa que defiende, y de la grandeza del término á que aspira. Mas breve: Quisiera resucitar el valor de sus primeros héroes, quando sobre las alas de la fama la veíamos correr desde el uno al otro polo, proclamada la predilecta del Altísimo, y como tal la primera que desbarató los planes de la esclavitud, que confundió los tiranos, que cooperó á su ruina, que mantuvo largo tiempo encendido en Cataluña y Aragon el fuego santo que la devoraba. Por lo mismo, venerando con el mas profundo respeto quanto grande dice y hace este Pueblo ilustre, que puede llamarse Pueblo de héroes, no puedo aprobar ni sujetarme al dictámen de aquellos que emplean momentos tan pre-

ciosos en publicar estampas y figuras ridículas. Así veo con dolor que el Diario de esta Capital del 22. de Mayo publica la estampa representativa de la fuga de los vándalos al mando de Suchet; y que segun el parecer de su Autor estará famosa, digna de su aprecio, y capaz de llenarle de satisfacciones; mas hecha la salva correspondiente no puedo dexar de decir que es una obra tan inútil y tan distante del fin á que aspiramos, que lejos de dar valor y energía á la Nacion, que es lo que en la actualidad únicamente necesita, la dexa enervada con el xarabe de pico, y entretenida en la gloriosa carrera de su noble determinacion con una puerilidad la mas insulsa.

Efectivamente: Quando todos los miembros de nuestro cuerpo debian transformarse en aceros, y arrojar por todos sus poros llamas, rayos y centellas para reparar los males, resarcir los daños enormes de la inaccion pasada, y acabar si posible fuese en momentos la obra grande, que en dos años no hemos querido concluir por una criminal debilidad, egoismo, y preocupacion la mas dolorosa, es cosa excesivamente lamentable que nos vengan con estampas de fugas. No somos Españoles si esas bandadas de bárbaros repasan los Pirineos; deben quedar como estiércol que son de la humanidad á serlo aquí eternamente; á ser cieno de la

tierra que pisamos, y sucio escaño de sus pies, como lo han sido en todos los siglos. ¡Qué lástima! Despues de 22. años de enfermedad grave gravísima, y para cuya curacion aun el menos ilustrado confiesa ser necesarios muchos, grandes y fuertes medicamentos, ¿*la damos el lenitivo de un dibuxo, queremos aliviarla con una estampa?* esto es insufrible! Con fuego, con bayonetas, con espadas de dos filos, con escritos que la levanten en alto, poniéndola á la vista lo que fue, lo que es, y lo que puede ser; y aun así apenas bastará todo esto para arrollar, destruir, aniquilar esas legiones de diablos, exáltadas por nuestra culpa al exceso de un rabioso frenesí por subyugarnos.

Soy peon colocado baxo la talla de esta obra; qualquier ripio que cayga, y mas si se arruina, he de perecer; por lo mismo no puedo hacer otro que desde baxo advertir algo á los maestros; porque *á la vez mas ven quatro ojos que dos*: Sin embargo, creo que esta es la voz universal de la razon ilustrada y dirigida por los sentimientos de la Religion, y que estas son las famosas estampas que deben ofrecerse de continuo á la vista de los Españoles. Lo que *fui*mos quando confiamos mas en Dios que en nosotros, y procuramos aplacarle irritado por nuestros excesos muchos: Lo que *somos* despues que por nuestra soberbia y

demás crímenes nos dexó á nuestro consejo: Lo que *podemos ser* si aprovechamos los auxilios que todavía nos dispensa su misericordia. Fuimos fuego voracísimo, que devoró en momentos los planes de la usurpacion, y reduxo á miserable esclavitud los invencibles del blasfemo omnipotente: Somos cañas débiles que se blandean al débil soplo de una voz que viene el enemigo. Qué metamorfosis tan extraña y tan dolorosa! Antesalcones, ahora palomas, antes lobos, ahora ovejas, antes leones, ahora gallinas; ¿quién descifra este enigma? La razon natural con que nos distinguimos de los brutos, dirigida por la Fe, que es la maestra única que ni puede engañarse ni engañarnos. Una seria reflexiön á la luz de esta antorcha sobre quanto nos ha sucedido en estos dos años últimos: Y esta misma nos mostrará lo que podemos ser aun á pesar de tantas desgracias. *Eh aquí la estampa que en contraposición de aquella presenta mi pobre rústico ingenio*; perdonad mis yerros, que no son de la voluntad; ésta os ama con la mayor ternura, y protesta deciros verdades desnudas y muy claras.

Fuimos por la divina misericordia el asombro del mundo. El Cielo y la tierra acordes nos convidaron á un triunfo el mas glorioso y el mas breve; mirándonos con tal predilección que aun no se ha acabado

á pesar de nuestra ingratitud. El Cielo nos convidó con sus dones máximos, la tierra con todos sus vivientes, con todas sus producciones, y privaciones todas. El Cielo transformándose largos dias en columna de luz para nosotros; y, digamos, en vasto piélago de tinieblas para nuestros enemigos. Luz eterna é indefectible quanto resplandeciste para tus Españoles! Abandonados de nuestros Gefes como cabras sarnosas al primero que nos pillase, luego nos ilustró para que nombrásemos el mismo Gobierno que el gran Fernando habia ordenado en los principios de su cautiverio; nos movió á un tiempo, y ató en la unidad de sentimientos en todos ramos; mantuvo el orden público á pesar de la espantosa explosion de tantas y tan vastas Provincias, y de la gran variedad de genios y Naciones, contuvo á nuestros enemigos domésticos, que tal vez en igual número hubieran podido oponerse á nuestros designios, y causar una guerra civil mucho peor que la otra; nos llenó de santa fortaleza, para que sin reparar en nuestra ninguna instruccion, ni en la decantada del enemigo, volásemos en busca suya con tanta serenidad como si fuésemos á cazar pájaros; dirigió los conocimientos militares de nuestros Gefes, y anduvo casi visiblemente en nuestros Batallones, á fin de que no se errase el primer golpe, y

B

se desanimasen todos; movió por último para mas asegurarnos á otros Reynos antes enemigos, que olvidando nuestros agravios, se hiciesen amigos, nos ayudasen, y además divirtiesen poderosamente la atencion de nuestro adversario declarándole guerra. Quántos milagros juntos! Quántas maravillas! *¿Podia el Cielo mostrar con rasgos mas brillantes que era todo luz para nosotros?* Así se verificó una inversion espantosa del órden natural; pues quando segun este debíamos sucumbir á calamidad tanta, á poder tan enorme, fue al contrario; no solo no caimos, sino que además acometimos intrépidos á todo, y lo atropellamos todo. *¿No es esta una maravilla de maravillas, un portento hijo de muchos portentos?*

No fue, pues, menos auténtica la opacidad ó negacion de luz con que el Cielo se dignó cubrir la razon de nuestros enemigos. Oygámoslo de su misma boca, que es la prueba mas firme y el argumento mas concluyente. Moncey, que sin disputa es el menos malo, y el mas instruido entre los Mariscales de la gran Nacion, escusándose con Berg de admitir la empresa de las Andalucías, da entre otras razones la siguiente: *Debo poner en la consideracion de V. A. I. que por ahora no conviene desunir ni esparcir tanto el Ejército, destacando Cuerpos considerables á tan gran distancia, ya que se co-*

metió el error de tomar una posicion central.
 ¿Y cuántos se habian cometido antes de tomar esa posicion central, sobre tener el Tartaro á la vista largos meses el mapa español, y muy menudas instrucciones de todo él? ¿No palpaba tinieblas á todas horas el Faraon, que pudiendo subyugarnos sin perder un hombre, cuenta ya solo de mancos, coxos, y estropeados en la guerra de España mas de cien mil? ¿Acaso con seguir y fomentar los sentimientos generales del Pueblo, y declararse su protector contra el Eliogabalo extremeño, como le creía, esperaba, y aun suspiraba, no nos hubiera engañado completamente, y puesto con la mayor pausa las cadenas que hubiera querido; quitándose la mascara quando no pudiéramos ni aun chistar? ¿Y acaso le hubieran faltado despues mil especiosos títulos para deshacerse de la Familia Real, hacer que la acompañásemos con luces y con vivas, y levantarse en paz con el Santo y la custodia? Esto lo discurrían entonces nuestros labradores y artesanos, por mas que nos llamen los bárbaros del medio dia, ó los burros católicos, y yo tirando mi talla lo solia oír á mis camaradas, y daban esta razon sencilla: Si siendo amigo del favorito, con solo decir quiero, nos quitó quantos millones quiso, y se nos llevó la flor del Ejército al Norte, sin que ningun Español se atre-

viese á decir esta boca es mia; haciéndose enemigo de aquel, ¿quántas maldades hubiera hecho que las hubiéramos celebrado como heroismos?

Sin embargo: *Como un abismo llama á otro abismo, y si Dios no edifica en vano se fatigan los que edifican*, el mozo Roboam despreció el consejo de los ancianos, y admitió á ojos cerrados el de los mozalbetes. Ya el abuelo Taillerant le habia desaconsejado la conquista de España, no obstante que le presentó el plan de ella, afianzado con las cartas promisorias de todo el Club de nuestro segundo Julian, diciendo: *Falta aun todo; pues falta el Pueblo, el Clero, que allá tiene grande ascendiente, y casi toda la Nobleza, que es testa ferrea por los Borbones, y sobre todo la turba fraylesca, que está enconada contra V. M. I. porque sabe cierto que es Destructor Monachorum; y al menor grito alarmará todo el Pueblo, y tenemos guerra para años. No importa; las Águilas invencibles de la gran Nacion no vuelven atrás: adelante.* Así se precipitó, y hecho á cometer disparates, los hizo cometer tambien á todos sus Generales. Monecy decia á Berg en su oficio excusatorio: *Yo no puedo encargarme de una empresa de tanta consideracion menos de 400. hombres, sin comprometer mi honor y mi concepto, aun quando contemos con las tropas españolas, y*

todos los Gefes militares de la Andalucía. El anciano General decia esto, y luego el mozo Berg, con aprobacion del padre de la vacada, manda á Dupont vaya allá con solos doce mil; pues aunque se le envió de socorro la division de Bedell compuesta de diez mil, se la enviaron á la antigua española, tarde, y nunca pudo desempeñar su encargo. Y aunque hubiesen marchado juntos los 220. faltaban 180. hombres, que al todo eran los 400. pedidos por el viejo Mariscal; y ya se ve que esto no son diez y ocho moscas; faltaban además todas las tropas y todos los Gefes militares de aquella Provincia, que al cabo con los paisanos armados que componian la mayor parte del Ejército, sumaban una friolera, nada, cerca de treinta mil hombres. ¿Y estos son los grandes militares, los grandes tácticos de la Europa? ¡Qué cataratas, qué crasitudes, qué tinieblas! ¿Quántos disparates cometió el niño Dupont en aquella empresa sobre llevar encima la bendicion del Sarmata, dada desde Paris, y recibida al dexar *la posicion central*, como quien dice al salir de su gabinete? Apenas dió paso, órden ni disposicion que no se dirigiese á su ruina, y á enredarse mas en los lazos que le iban tendiendo unos Españoles que acababan de dexar su choza y su rural exercicio para pelear con los invencibles de Marengo y demás

farsas. ¡Qué careajadas daría Moncey entre sus compinches al saber la mala aventura de aquel Quixote! Vamos, el hombre menos pio confiesa á boca llena, que en los primeros meses de esta santa revolucion estaban desatinados del todo nuestros enemigos, y que no hacian sino dislates á millares. ¿Podía pues el Cielo negarles mas constantemente su luz para nuestro remedio, y para que sus tinieblas fuesen nuestra salvacion? ¿Podía animarnos al triunfo con auspicios mas felices?

La tierra por su parte cooperó tambien á ello con recursos inmensos é inesperados; digámoslo de una, casi milagrosos. Determinados á seguir el impulso de aquel, *que de las piedras sabe hacer hijos de Abraham quando le place*, vimos de repente mudada una Nacion grande de enemiga en amiga, íntima, pródiga, fidelísima. La gran Bretaña, la Soberana de los mares, la madre de la Europa, la Reyna de los hombres de honor, luego, luego tendió su brazo poderoso, y nos dió la mano para sacarnos del cieno en que yacíamos, y como si nunca la hubiésemos ofendido en un ápice, se dedicó enteramente á nuestro consuelo; armas, millones, navíos, soldados, talentos, todo lo consagró al socorro de sus Españoles: sus esquadras, siempre invencibles á la negra esclavitud y vil intriga, conservadoras en el

pasado y presente siglo de la libertad europea, volaron á cubrir nuestras costas, proteger nuestras especulaciones americanas tanto tiempo entorpecidas, y derramar á manos llenas quanto le pedimos y mucho mas para ser libres: Volaron á sacar del poder de Faraon al *Moyses Español*, destinado por la Providencia á cooperar á la salvacion de su Patria, y á ser el solo salvador de una gran parte de ella. ¡Qué expedicion tan difícil y tan arriesgada! Aunque aquella Nacion siempre ilustre no hubiese hecho á nuestro favor otro heroismo que este, ¿quándo ni cómo podremos agradecerlo bastante? Este milagro político, pequeño rasgo del talento británico, fue como el sello de la resolucion grande de los Españoles. Hasta los niños clamaban: *oh! si tuviésemos ahora aquí al Señor Marques de la Romana!*

Ya llegó, ya los baxeles de la gran Nacion son los fuertes vimbres que nos conservan y ños traen el bello depósito de un excelente General á lo católico. ¡Qué ardor, qué entusiasmo, qué energía en toda España! Todos se felicitan mutuamente, todos se encienden, todos se electrizan. Jamás se han visto súplicas, votos, ni alegrías tan sinceras por la llegada de un hombre; aun no habia salido de Langelant, y ya le queríamos y publicábamos en Cantabria, y nos apresurábamos á participarlo como una no-

ticia la mas plausible, y éralo en verdad. Ya la Esperia habia empezado á resucitar las cenizas de los Pelayos, Recaredos y Fernandos; ya sus hijos caminaban á paso de gigante á hacerse dignos del augusto nombre de Españoles; ya los Pueblos, que en el tiempo del caos dificultaban un sorteo aunque tardío, no solo lo recibian, sino que lo celebraban aunque casi continuo: *Vayan á defender la Religion, nunca mejor ni con motivo mas illustre. ¡Dichosos ellos que tienen la fortuna de dar su vida por Jesu-Christo!.....* Pero al llegar el héroe del Norte.... oh! hasta las matronas se transformaron en Deboras, Abigailes y Judites: *Hijos! ya está ahí el Marques de la Romana.... á ellos, que no hay para un almuerzo; daos prisa, que no llegareis á tiempo.* Aun aquellas, antes inaccesibles al desprendimiento de los pedazos de su corazon, se prestaban ya á él con el mayor gusto: *Vayan á defender la Ley de Dios, para eso los recibimos de su mano, y dimos á luz: Felices ellos que pueden hacerlo, desgraciadas nosotras que nos escluyen de campaña tan gloriosa.* Qué heroismo! Jamás se ha visto en el mundo Nacion mas electrizada, mas dócil, mas constantemente decidida por la conservacion de la Fe y de los derechos de su Monarca, ni tampoco con mas bellas disposiciones para triunfar. *Aquí nos teneis*

para todo, clamaban los Pueblos, mándenos ahora quien quiera, pida lo que quiera, y haga de nosotros lo que quiera, solo no nos domine ese enemigo, solo vuelva á su Trono el gran Fernando. Pedis los bienes? ahí los teneis. Pedis los hijos? ahí los teneis. Pedis la túnica que nos cubre? nos quedaremos desnudos á trueque que se salve la Religion y la Patria. Reliquimus omnia, podremos decir con verdad al Todopoderoso, et secuti sumus te: todo, todo lo hemos abandonado, Señor, por seguir vuestra Ley, y defenderla.

Ahora ¿podia la tierra estimularos mas eficazmente á un triunfo el mas breve y mas glorioso, ni cooperar con mejores disposiciones á los designios de su moderador, del Dios Omnipotente? ¿Se necesitaba acaso alguna prueba mas visible, mas poderosa para animarnos á combatir con los creidos invencibles? Se nos dió muy magnífica en los campos de Baylén. Qué triunfo tan completo! Las Navas despues de ocho siglos resucitan los héroes que en época mas infeliz supieron sacudir las cadenas del cautiverio ágareno. Los hijos del Betis en nada desdicen de sus predecesores; pues hacen brillar el valor heredado, postrando á sus pies las Legiones triunfadoras en Italia, Alemania, Dalmacia y Cataro. España despues de veinte años de calamidades goza de una

C

aurora la mas hermosa, de un día el mas feliz. La Europa desde sus calabozos oye con asombro el estruendo de esta victoria, y consagra los votos mas sinceros por su continuacion, como que del resultado feliz de esta lid confia sacudir las cadenas con que la aprisionó el Dragon Aláno. La madre cariñosa de la humanidad afligida nos reclina en su dulce regazo, nos abraza tiernamente, nos regala con el suave nectar de sus pechos, y además nos proporciona quantos consuelos podíamos desear. Sus esterlinas, sus talentos, sus especulaciones políticas vuelan á los Gabinetes europeos y asiáticos, sin otro objeto que el de socorrer á sus Españoles. Todo el mundo que conserva sentimientos de honor nos bendice, nos tiene una santa envidia, y confiesa somos la Nacion predilecta del Cielo y de la tierra; confirmándose mas al oír *que nuestros mismos Generales aseguran que aquel triunfo ha sido obra del Altísimo, pues han probado muy visible su asistencia y proteccion.* El enemigo aturdido, pasmado, acobardado, abandona *su posicion central*, y huye á prisa á guarecerse en las cuevas de los montes, solo á la voz que van á buscarle los vencedores de Moncey y de Dupont. ¡Qué momentos tan preciosos!... *Valian siglos!*

Esto pues *fuiamos*, patriotas amantísimos; y por qué lo *fuiamos*?... Salgan ahora esos

Filósofos poco ó nada pios, que todo lo atribuyen á causas naturales, y señálenme una no mas de efecto tan prodigioso, de la confusion, digo, abatimiento y derrota de enemigo tan poderoso y formidable. Coartemos el argumento á lo que hemos visto con nuestros ojos y tocado con nuestras manos, que es lo indubitable. ¿Qué causas naturales tuvo el Mariscal Moncey para no apoderarse de esta Capital? ¿Podrá estar ella con mejor disposicion *natural* para que entrase con 14⁰⁰. invencibles que traía? Sin fusiles, sin cañones, sin soldados, sin fortaleza alguna, ¿qué General aunque fuera un idiota no la tomara al primer avance? ¿Cómo pues no la tomó un tan sabio y experimentado Mariscal? Direis que porque tuvo contrarios á sus vecinos. ¿Cómo pues tomó otras Ciudades de igual rango, y cuyos vecinos tampoco querian ser Franceses? Mas: ¿y es natural que un Pueblo desarmado, sin víveres, sin municiones, sin táctica ninguna, y sin más defensa que su pecho, se oponga tan tenazmente á catorce mil veteranos despues que, aunque dirigido por Gefes sabios é intrépidos, ha visto que no puede con ellos? Es natural esto? ¿Qué General, batido y dispersado el Ejército que le disputa la Plaza, no entra luego en ella á carrera abierta? ¿Se ha visto alguna vez en el mundo lo contrario, y

respeto á tal Plaza? Si aquello es natural, ¿por qué los hijos de este mismo Pueblo ya armados, ya prácticos en la milicia, no han hecho siempre lo mismo, y peleando con los mismos enemigos? Quando manejaban el arado, quando del taller salieron á pelear fueron leones, y despues prácticos en el manejo del arma no siempre lo fueron? Ó lo uno ó lo otro no ha de ser natural precisamente. ¿Direis que Moncey temió al Ejército que le venia por retaguardia de veinte mil hombres, y por ello se fue? Quitad allá: Un tan sabio Mariscal, con buenas y muchas espías, habia de ignorar que el Ejército que venia, por la premura del tiempo, ni era ni podia ser de otros que de unos diez mil paisanos, la mayor parte sin fusiles aptos, y sin saber manejarlos, sin ningun cañon, sin ningun caballo, y sin mas provision que tres ó quatro cargas de cartuchos? *Si me ven el juego soy perdido, bastante hago de hacer miedo á lo lejos.* Eh aquí la justa expresion de aquel General. Luego no fue esta la causa natural de la fuga de Moncey. Sin embargo, quiero conceder que tal Ejército fuese como él lo creía de doce mil soldados de línea, no podia ignorar que en su socorro venia la division de Coulaincourt de diez mil; ¿por qué no la esperó? ¿por qué no salió á batir con ventaja aquel Ejército, cogiéndolo

entre dos fuegos, ya que el primero quedaba dispersado, y volver luego con mayor fuerza contra la Capital? ¿Por qué se contentó con darla no mas un ataque, y no los repitió en los dias siguientes ó por la noche y por otros puntos menos difíciles ó mas accesibles? Con que no aparece causa ninguna natural de su fuga, habremos de buscar otras. Veamos si este Pueblo hizo alguna otra cosa mas para confundir á Montecy y sus sansculótes. Oh y cuántas!

Efectivamente; la voz de que habia salido de su *posicion central* para ésta con catorce ó diez y ocho mil gabachos, es un trueno espantoso que dispierta del letargo de sus vicios aun á los mas protervos; todos le miran como instrumento de las divinas venganzas que viene á castigarlos; vuelven sobre sí, entran dentro de sí mismos, confiesan lo justo del castigo, reconocen su deplorable situacion natural para resistir; y en la amargura de su corazon, somos perdidos exclaman, si Dios y su Santísima Madre no tienen piedad de nosotros! Sin soldados, sin armas, sin fortificaciones, qué hemos de hacer? Todo lo habrá de hacer Dios si quiere salvarnos; ¿y cómo si quiere? quién lo duda? Vamos á aplacarle, pues, por los medios que enseña la Fe, única áncora que nos queda en tal conflicto; pues si perdonó á un ladron facineroso por-

que se arrepintió, tambien nos perdonará á nosotros si de veras nos arrepentimos. De aquí, de este bello principio salieron las armas vencedoras de Moncey; aquellas rogativas digo, tan fervorosas, aquellas lágrimas tan abundantes, aquellas confesiones tan dolorosas, aquellos votos ó promesas á Dios y á los Santos. De aquí aquel acudir todos á la santa Capilla á implorar la protección de María, nunca tal vez con mas razon invocada con el dulce título de Madre de Desamparados Valencianos. De aquí aquel postrarse todos, aun á la vista del enemigo, á los pies de los sagrados Ministros en los patios de las casas, y aun en las calles, pidiendo confesion para salir á combatir; al paso que otros caminaban ya fortalecidos con el Pan de los Ángeles, práctica augusta usada en todos los siglos por nuestros soldados, y sin ser santos, y con que tantas veces triunfaron. ¿Que diré pues de nuestras matronas, de nuestras ninfas mas delicadas, de aquellas que ponian la ley á lo que se llama buen gusto, donayre y gentileza? ¡Qué primores de piedad sólida hicieron estas heroínas para salvar la Patria! Aquellas máquinas tan hermosas que se arrullaban antes entre olandas, sedas, oros y diamantes, ahora trocadas en Magdalenas, armadas con el Rosario continuo, postradas en un rincon delante de María á

la luz artificial, prometian á esta Señora si las libraba de Moncey, vestirse años y aun siempre de gergas, hábitos y sayales. Aquellos pies que no podian sufrir la ligera incomodidad de una paja, y que antes eran el ártico y antártico sobre que se metian los deseos mas impuros, ahora animosamente prometian pisar desnudos por muchos dias las piedras de las calles, y en largas romerías hasta las Iglesias del Salvador y de su Madre. En una palabra: Todos los moradores de esta Ciudad, viéndose en lo natural perdidos, acudieron á lo sobrenatural, á Dios y á sus Santos, y desplegaron abundantemente los recursos de su fe y de su piedad; de modo que el Sr. Mariscal Moncey, sin querer ni ser para ello, hizo aquí los oficios de un Apóstol, causando su venida tantas conversiones, que cien Teatinos no le hubieran podido alcanzar, y sin mas trabajo que estarse sobre la poltrona tomando buenas caracas y buenos pollos, y bur-lándose de los Fratres que andaban por la muralla animando la gente: *Oh! Fratres, Fratres! en entrando yo qué vita Christi vais á llevar! No la dió porque no entró; y no entró porque el hombre compone y Dios dispone.* No podia menos, patriotas, ¿cómo nos habia de abandonar Dios á su implacable enemigo, habiendo nosotros puesto en él toda nuestra confianza, y postrádonos

en su presencia arrepentidos? Aquel Señor, Dios de bondad y de misericordia, que prometió á Abraham no castigar la Pentapolis si hallaba diez justos en ella; que naciendo se hizo compañero de los hombres, comiendo con ellos se les dió por vianda, muriendo por precio de su rescate, y reynando por premio; en fin, que ofreció perdonarnos en qualquier dia que nos arrepintiéramos, no habia de mirar compasiivo la amargura de esta Nínive, las lágrimas de cien mil almas habitadoras de la Ciudad de los héroes, de la madre fecundísima de Santos? Esta *Mathemática* debia haber estudiado Mr. Moncey, y en lugar de General de la gran Nacion hubiera hecho mejor el papel de Achior; y si no obstante le precisaban á venir con el carácter de *azote de Dios*, hubiera empleado mejor sus espías informándose de nuestro arrepentimiento; y sin duda se hubiera vuelto á la mitad del camino; *pero el mas diestro la yerra, y el mas avisado cae.*

Tales han sido, patriotas, los admirables efectos de vuestra piedad: esta, esta ha sido la causa visible, real, efectiva, indudable de vuestro triunfo y libertad; y *esto fuisteis* quando, confiando mas en Dios que en vosotros, y reconociendo esta guerra como azote de su justicia, procurasteis aplacar su enojo con un sincero arrepentimien-

to, y una firme promesa de enmendaros de los pasados excesos, causados en gran parte mas por el desgobierno y prostitucion del choricero, que por vuestra mala índole. Pero qué? *pasó la tronada y no os acordateis mas de Santa Bárbara*; como si los Franceses se hubiesen transportado á conquistar el gran Mogol, ó las tierras del Preste Juan. ¡Fatal destino de la humana fragilidad! *Todavía estábamos con la miel en la boca*, saboreando las derrotas de Lefebre, Bessiers, Dupont y Moncey, muy confiados en que la cosa estaba concluida, y *ya la ira de Dios habia descendido otra vez sobre los Españoles*, destinando contra ellos segunda y mas numerosa irrupcion de bárbaros; quitando la luz y el valor á sus Exércitos, y sumergiendo la Nacion toda en un piélago el mas amargo de anxiedades y angustias indecibles. Qué dolor! Nos separamos de aquel que afirmando nos asegura: *Yo soy la luz del mundo... sin mí nada podeis hacer*, ¿qué habíamos de hacer ya sino disparates? La vanidad, la soberbia, el egoismo, la preocupacion, las tinieblas mas densas substituyeron á aquella luz soberana que nos movió y dirigió en los primeros momentos de la revolucion. Olvidados de las causas ciertas de esta original calamidad, entretenidos en quimeras, ambiciones y preferencias, en placeres, gustos y diversiones, des-

D

apareció la fraternal union y santo desengaño con que nos unimos al principio, y dimos tiempo muy suficiente al enemigo para rehacerse y acometernos de veras, y tan de veras que aun no ha vuelto un pie atrás desde entonces, antes lo ha adelantado. ¡Quántos y quán enormes males se han seguido de aquel olvido de Dios, de aquella separacion! No ha estado la Patria algunas veces en el mismo borde del precipicio?

Dupont, tal vez sin ser cristiano, y sin ser Balaam, instruido no obstante en la tribulacion máxîma de haber de rendir su espada á los pies de los soldados de papel, de los sediciosos, bárbaros y bribones Españoles, lo predixo hablando con un Español, en estos términos: *No hay remedio, yo estoy vencido; ahora falta que ustedes, Señores Españoles, se venzan á sí mismos: la discordia entrará en ustedes: cada Capital sostendrá sus derechos de preferencia; nadie cederá: de esto resultarán disputas y consecuencias fatales. El Emperador es muy sagaz, y sabe el arte de seducir; se aprovechará de estos momentos para lograr sus intenciones; y en el caso remoto que ustedes logren reunir toda su Nacion, y opongán á la Francia un Ejército bien organizado, cuidado no exponerlo en una batalla decisiva y de resultado dudoso. La salud queria venir de nuestros enemigos, y no la dexamos llegar: No po-*

día Nabuco del fondo de su abatimiento decir mas ni con menos palabras. El enemigo se ilustra en la calamidad, y nosotros que debíamos ilustrarnos mas caemos en la estupidez? Un dilapidador sacrílego de todo lo mas augusto que tiene la Religion, nos dice sin embargo una verdad indudable procedente de la misma, y á la que ella constantemente se dirige, ¿y no la abrazaremos con toda el alma? *Vencerse á sí mismo es la obra grande de todo el estadio, de toda la lucha de la vida.* Esta es la violencia dulce que nos adquiere la verdadera felicidad terrena, y luego la eterna; no obstante vereis hombres sapientísimos en todos ramos, é ignorantísimos en este el mas importante; vereis que ya el arado de los años ha abierto sulcos muchos en su rostro, y que sus pies trémulos se acercan á la fria losa del sepulcro, y sin embargo sus pasiones y apetitos pisan verdes Mayos y floridas primaveras, sin que ni sus talentos ni sus estudios las hayan convertido en inviernos ú otoños jamás. ¡Qué lástima digna de llorarse con lágrimas de sangre! *Vencerse á sí mismo es la gran Filosofía de los sensatos que aspiran á diferenciarse de los brutos y malvados en el otro mundo; y este vencerse á sí mismo es preciso é indispensable, aun en la boca de un bribon máximo, para vencer á los verdaderos soldados de pa-*

pel, á los originalmente sediciosos, bárbaros y bribones Franceses; porque nuestro feroz enemigo, profundamente malo, como sabe el arte de seducir, nos rodea de continuo á la manera de leon furioso, excitando con intrigas y diabluras nuestras pasiones, se aprovechará de su desenfreno y nos perderá. ¡Qué verdades tan sólidas, tan claras, tan experimentadas!

Debimos, pues, ilustrarnos con tantas maravillas de la primera época, y con tantas desgracias de la segunda, y resolvernos ya á este vencimiento. Debimos vencer las pasiones todas y apetitos exáltados con veinte años de alicientes, en tantos libros pestíferos, en tantas modas indecentes, en tantas costumbres anti-cristianas, salido todo de esa venenosa Francia para arruinar el culto del verdadero Dios y su Religion santa; exáltados á la vista de un hombre el mas abandonado, que casi podemos apellidar Príncipe de tinieblas por las muchas con que cubrió toda la Nacion, y por el serrallo en que se revolcaba. Debimos, digo, ilustrarnos, y mas al ver palpablemente que la piedad, la hombría de bien de tanto pobre artesano y sencillo labrador, á cuyas manos jamás llegaron las páginas francesas, la oracion pura de tantas esposas del Señor, las lágrimas y rogativas muchas de tantos fervorosos Españoles, impenetrables á aquellas

máximas, mas y mejor que los sables y bayonetas, libraron la Patria de la primera irrupcion, y han impedido las fatales conseqüencias de la segunda y demás; disimulando en aquella la divina piedad la falta de limpieza de conciencia de muchos soldados, atenta la premura del tiempo para hacerla. Debimos por consiguiente obligar á Dios á que continuase sus misericordias, empezando desde luego la general reforma de costumbres, *cuya relaxacion sabíamos ser la causa única del azote triple de esta calamidad*; ó á lo menos no empeorarlas con el pretexto de ella, haciendo de la triaca veneno. Debimos vencer la ignorancia crasísima de muchos soldados en los puntos mas principales de la Religion, enseñándoles por principios su obligacion gravísima de obedecer á sus Gefes con mas rigor que en todas las guerras anteriores, de no abandonar su puesto, de pelear con toda el alma, *de guardar los divinos Mandamientos con mas exâctitud que las leyes militares*. Debimos sacar de sus retiros, y hacer dexasen los oficios de Magdalena por los de Marta tantos celosos Ministros, para que con la viva voz de su santa vida fixasen en sus corazones la importante verdad, *que la táctica militar, aprendida en pocos ó muchos dias, ni la multitud de armas y soldados, no son las que dan la victoria, sino Dios y*

la piedad con que se le adora y sirve. Esta es la que da al soldado todo el valor, toda la energía, todo el teson necesarios para sostener el honor de las armas, y tomar las medidas conducentes para triunfar; mas los conocimientos militares, por grandes y vastos que sean, ¿de qué sirven si no están apoyados en la piedad? ¿Qué puede esperarse en la campaña de unos soldados que durante el ocio de los cuarteles se entregan al desenfreno de los vicios? Nada absolutamente, ningun partido puede sacarse. Ved ahí la causa real y efectiva de su dispersion y de su fuga á la vista del enemigo; sin que basten á detenerlos los esfuerzos todos de los Oficiales celosos y amantes de la Religion y de la Patria, como lo hemos visto tantas veces. ¡Qué amargura! Despues que ella, haciendo esfuerzos indelicibles, expendió pródiga quanto tenia hasta la plata de los Templos, para vestir, armar y mantener estos soldados que la defiendan del mayor enemigo, llega el caso de coger el fruto de fatigas y sacrificios tantos, y se encuentra que todo lo ha perdido en un momento por la maldita falta de Religion de estos militares. ¡Qué dolor! ¿Hay castigos que basten á resarcir tales y tan enormes pérdidas? Debimos, pues, cortar en su origen la raiz venenosa de tantos descalabros, *castigando severamente qualquie-*

ra transgresion grave de la divina Ley, ó á lo menos las públicas, antes de exponerlos en una batalla decisiva y de resultado dudoso, como decia Dupont; y esta es la mejor organizacion de un Ejército de cristianos, y mas para pelear por lo menos con hereges. ¿Se ha visto nunca que el diablo pelee contra sí mismo? Luego si el Ejército que oponemos á las Legiones mandadas por el diablo, está por la mayor parte poseido del diablo á causa de sus crímenes, ¿cómo ni quando podrá triunfar? Esto lo conoce qualquier idiota con sola la luz de la Fe. Mas: Debimos vencer y castigar exemplarmente el egoismo de aquellos que quisieron hacer y efectivamente hicieron su Agosto á expensas de esta revolucion, confinándolos para siempre á las Islas desiertas del Océano, junto con tantos ricazos y epulones que añadieron ñudos, llaves y escondrijos al maldito dinero; haciéndose con esto Tesoreros del enemigo, conservándole nuestra substancia para nuestra destruccion, y siendo mas crueles enemigos de la Patria que él. Bárbaros mas que los mismos brutos! ¡quán justo es que vivan entre sabandijas y bestias salvages los que no han sabido apreciar ni Patria, ni Religion, ni sociedad, pues la han pospuesto á un vil interes, á una indigna pasion, á un pedazo de lodo arcilloso mirado con algun respeto del sol! Debimos

castigar tambien del mismo modo el egoismo de todo hombre apto para las armas, que dexándose llevar de su cobardía, y mas de su poca fe, se fue á guarecerse á las Islas, y asegurar su vil existencia; privándole para siempre de la sociedad del continente, y de los bienes que no quiso ó no supo defender. Debimos..... Hablad vosotros mismos pocos pero cristianos Franceses, y en una palabra lo direis todo: *No han sabido los Españoles hacer su revolucion.* Basta: Ved ahí, patriotas, lo que fuimos despues que olvidamos á Dios: unos hombres ciegos, y por lo mismo desatinados, y... ¿qué hay que extrañar pues perdiésemos el renombre de leones, si nada de lo que debíamos hacer para conservarlo hicimos?

No hay duda: Esta fue la segunda época de nuestra revolucion, quando Dios en castigo de no haber correspondido á su primer llamamiento, nos abandonó á nuestro consejo; así no hicimos mas que desatinos; sin embargo *podemos aun ser lo que éramos, y mucho mas*, si volvemos á él con todo el corazon como al principio, á vista de los nuevos favores que nos dispensa su piedad. ¡Oh alteza de la divina sabiduría! cuán incomprehensibles son sus juicios! De justicia debíamos ser Franceses mucho tiempo ha, atentas las causas naturales que ha habido para ello, y á no tener de nuestra

parte á aquel Señor Omnipotente, único Soberano que sabe sacar de nuestros mismos males bienes. Qualquiera Nacion por cuya defensa no estuviese tan empeñada su diestra, que hubiese perdido una sola vez lo que nosotros tres, por no decir veinte, ó en Tudela, ó en Medellin, ó en Ocaña, desde luego hubiera transigido y hecho la paz con el monstruo; mas nosotros respiramos aun despues de tantas pérdidas, despues de tres tan enormes, capaz cada una de sucumbir al Reyno mas valeroso: Respiramos aun despues de la irrupcion máxíma de los vándalos en Andalucía; porque vemos claramente puesta su mano en nuestra causa; *vemos levantarse sobre montes de prodigios un nuevo Gobierno*, unos Españoles dignos de este nombre, que toman el timon de esta nave casi del todo derrotada; y como tienen puesta su confianza en Dios harán maravillas por salvarla. Respiramos aun el zéfiro mas apacible de la libertad religiosa, porque Dios no ha dirigido aquellas pérdidas y derrotas máximas á nuestra total ruina, sino á nuestra correccion y desengaño, y para verificar el alto invariable plan de sus designios sobre España y sobre toda Europa. Designios que, segun nuestra rusticidad, parece son que conozcamos que nuestras culpas dias ha exígian este castigo, que las lloremos y enmendemos; y que con-

E

fesemos con el guerrero David, y con todos los Generales católicos, *que sin su auxilio nada valemos ni podemos, que él solo es quien salva á su Pueblo quando le place, y que no esperamos de nuestras armas la victoria, porque nuestra espada no es la que nos ha de salvar, sino Dios con ella, y ella con Dios.* Verdad que hemos tocado con nuestras manos, pues quando teníamos Exércitos informes y soldados aprendices, y por lo mismo desconfiábamos de ellos y fiábamos de Dios, triunfamos; mas luego que tuvimos grandes Exércitos, grandes trenes y aparatos bélicos, fiamos ya de ellos y creimos indudable la victoria; y nos salió al contrario, pues fuimos vencidos, porque no pusimos toda la confianza en Dios, y cuidamos mas de tenerle propicio. Tambien quiere Dios con estas derrotas limpiar la España de los millones de inmundicias que sembró en ella nuestro monstruo, el protector y propagador de toda maldad, el únicamente flexible á la intriga, al soborno y á la deshonestidad; cuyo perverso exemplo despues de haber contaminado todas las grandes sociedades, cundió hasta los desiertos y chozas mas despreciables; de modo que la Religion Católica, con la que se distinguieron y honraron siempre sus hijos, llegó á tal abatimiento que casi no se le encuentra semejante si no recurrimos á los tiempos de la devastacion

agarena: Y por lo mismo avasalló, arruinó, destruyó la Monarquía, y la reduxo á un miserable esqueleto débil, debilísimo para todo lo bueno, é incapaz por sí de levantarse del cieno de tantos vicios, y de la mollicie de tantos placeres. Y puesto que no dispiertan los autores de tanta maldad con estos avisos, antes se obstinan mas, querrá el exemplar castigo de aquel bribon y de todos los de su Club, y en especial de aquellos que aturridos al estampido de la explosion de las Provincias, se mantenian escondidos y á la capa, á ver quién vencia; y si en seguida de Baylén hubiésemos arrojado al enemigo mas allá de los Pirineos, desde luego se nos hubieran vendido por fidelísimos servidores de Fernando, y hubieran aspirado á forjar otro y otros planes para sostener su barbarie de arruinar la inocencia, y privarnos de Rey tan bello y digno de ser amado. De ahí es que como entre otras perdimos tres batallas de tanta entidad, creyeron que el Tartaro era el vencedor, y que esto estaba hecho y concluido; así en cada una se declararon mas pérfidos, sacaron el cuerpo al ayre, y *se fueron en busca del sol que mas calentaba*. Con esto conocimos á muchos lobos que habíamos tenido por ovejas, y los marcamos para darles su merecido quando llegue el dia de nuestros desagravios, que creo *no puede*

tardar mucho. Igualmente quiere Dios castigar ya á esa multitud de impíos, que mas de veinte años blasfeman su santo nombre por toda Europa, destruyen sus Templos, desuellan á sus Ministros, despedazan sus esposas, y cometen atrocidades máximas con millones de inocentes, cuya sangre tiempo ha que clama venganza ante su Trono. Les llegó su dia á muchos, porque en este mundo todo tiene fin; así doscientos mil bribones lo menos que hemos bolteado á los infiernos, no es cosa de pajas; además de los que se han ido allá entre dos luces por la bendita determinacion de nuestros abuelos y mugeres en cuyas casas entraron sin llamarlos. En suma, quiere Dios la ilustracion y desengaño de toda Europa, de todo el mundo, de tantos Reynos y Naciones casi olvidados de él, y que por lo mismo doblaron su cerviz al yugo de aquel monstruo, sobre hallarse prevenidos con grandes y valerosos Exércitos; pues ven que la España reputada por la Nacion mas desprevenida y menos capaz de resistir, pero mas católica que ellos, *con su Fe y su Religion se ha opuesto al tirano*, le ha desbaratado sus planes, y dos años que le disputa palmo á palmo el terreno; sin que en tantas victorias que la ha ganado haya podido aun conseguir mas que ser dueño momentaneo de aquella migaja de tierra que tocan sus pies. Le pa-

rece que acabó la guerra por un punto, y luego se le enciende por otros; acaba en estos y vuelve á empezar por aquel. ¿No es este un círculo eterno de desengaños para los bribones y para todo el mundo, singularmente para aquellos exècrables Españoles que en público ó en secreto ayudan al enemigo con la esperanza que los sacará de miseria ó adelantará su fortuna? Ah necios consumados! No es mala fortuna la que él os prepara! ¿Sabeis qué dice de vosotros vuestro Poléon? *Que es preciso conservaros como el albañil el andamio mientras se hace la casa; concluida ésta fuera palos, fuera andamio.* Concluida la conquista de España os dará un pasa volante, que no os dexará tiempo para decir aquí me duele, como lo ha hecho con innumerables Europeos; y si no concluye, porque no la ha empezado, la soñada conquista, que es lo mas cierto, estais en mayor peligro de muerte amarga; porque dirá que le engañasteis, y que vuestras facilidades le han sacrificado tantos millones y tantos Ejércitos. Así me aseguraron haberlo hecho el Mariscal Monecy con dos Franceses de los domiciliados en este Reyno, que los hizo fusilar antes de salir de él, diciendo: *Las facilidades de ustedes son causa del bochorno que acabo de sufrir en Valencia; han comprometido la gran Nación, y tal vez serán su ruina y la de España.* Luego.

Eh aquí el fin de los mismos Franceses por haberse engañado como hombres; ¿quál será el de los extraños despues de tantos bochoros ocasionados por las mismas facilidades? Miserables! abrid ya una vez los ojos, y desengañaos de la profunda malicia del monstruo á quien servis! Ah! qué pocos lo conocen á fondo, á fondo!

Abridlos vosotros tambien, patriotas, por lo que respeta á la divina asistencia á nuestra causa y lid gloriosa, que no se ha acabado, ni acabará como querais. Abridlos á tantos portentos, que mas que la luz meridiana nos lo manifiestan; y puesto que estamos decididos á sepultarnos con el último fracmento de la Religion, antes que ceder aun á la mas mínima sugestion del enemigo de Dios y de los hombres, vayan fuera todas las puerilidades de: *Tio Pepe, tio botella, Rey de copas, figuras y estampas ridiculas*; y entren en su lugar siempre la *oracion, bayoneta y cañon*; entre aquella santa energía, que como aurora resplandeció en todos los buenos Españoles en los primeros momentos de esta católica revolucion; entre aquel santo desengaño, aquella compuncion, aquel dolor sincero de nuestros excesos, que despojándonos de la materialidad de tantas preocupaciones, nos haga dignos del dia feliz á que aspiramos, y del Monarca que juramos. Vuelvan los dias

de luz en que los sagrados Ministros, armados con el Crucifixo que es su invencible fusil, y con el fervor exemplar que es el mejor cartucho, andaban entre nuestros Atletas infundiendo valor aun en los mármoles. Vuelvan nuestros hijos á tomar la bendicion de Dios por medio de una buena confesion para alistarse voluntariamente en las banderas de la Fe y de la Patria. Vuelvan nuestras matronas á tomar aquel dichoso ascendiente sobre sus mitades, que los obligaba á dexar el cieno por el Cielo, y volar á coronarse en la guerra mas illustre que han visto los siglos. Vuelvan á buscar todos la luz eterna é indeficiente, el Dios de los Exércitos y de los aciertos, el Dios de las batallas y de los triunfos, altamente persuadidos, que á pesar de tantas desgracias, derrotas y trabajos, y de que tal vez es preciso echar la ropa al mar y arrojarse á todo, podemos aun vencer del todo á ese enemigo; porque un Pueblo cristiano y decidido ya á morir ó vencer, nunca puede ser desarmado aunque venga media Francia contra él; pues quando se le quiten los fusiles, sables y cañones, le quedan todavía los cuchillos de las cocinas, las hoces, los rastrillos, las piedras de la calle, que á buen seguro no faltarán; le quedan las ramas de los árboles, pues con un tiron se desgajan quantas son menester para sa-

cudir el polvo, la sarna y la sangre á los sucios enemigos: Y quando ni aun estas haya, acudir á los puños, sacar las *zarpas*, como dixo la zorra en cierta ocasion.

Atendia ésta á criar y apacentar sus hijos en un campo donde halló quanto podia apetecer y ellos necesitaban, depositado allí al parecer por una mano incógnita; de ahí es que pasmados la preguntan: ¿de dónde madre tanto y tan excelente pasto en parage donde menos lo esperábamos? Hijos míos, todo es nuestro, y todo lo debemos á la liberalidad inaudita del grande Napoleon; nadie os lo puede quitar; yo tengo cartas con la águila negra y la firma suya, que atestiguan me lo ha concedido todo con donacion irrevocable, como dueño y señor de ello, de resultas segun dice en ellas de haberle cedido el amo de este terreno todo quanto en él se encuentre; con que no hay mas que comer y divertirse, *que por el mar va quien paga*, como dice el adagio. Apenas habia dicho esto de repente se vió acometida de unos lebreles y mastines, señores legítimos del terreno y de sus pastos, que avanzaron á defenderlos con el mayor furor; de modo que no pudiendo sostenerse la zorra, trató de fugarse; mas sus zorrillos gritaban que sacase las cartas que tenia de Napoleon; á lo que sin parar de huir contextó: Hijos míos, aquí no valen car-

tas, sino zarpas, zarpas. Patriotas! no estamos en el caso de estampas ridículas; guárdense para quando hayan doblado los Pirineos esos bárbaros, para quando les hayamos vuelto la visita cumplidamente, *con todas las etiquetas de un perfecto Talion*; para quando, restituido á su Trono el gran Fernando con el mayor esplendor y magnificencia que jamás haya visto el mundo, rindamos á sus pies junto con ellas nuestros corazones, ahora lo que importa, y únicamente es menester son zarpas, zarpas; *oracion, bayoneta y cañon*; lo demás son fruslerías.

Así concluyo con las últimas expresiones que dixo á sus soldados el General Hernan Cortés, quando en noche tempestuosa, con solos doscientos sesenta y seis Españoles, calados de agua y de lodo, determinó asaltar en su mismo quartel á ochocientos de la misma Nacion, mandados por su rival Pamphilo de Narbaez. *Todo se ha de perder si nos pierden.. Á todo se ocurre con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabreis ejecutarlo que discurrirlo: alto á las armas, y á la costumbre de vencer: Dios y el Rey en el corazon, el pun-donor á la vista, y la razon en las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro; y entiendo menos de animar con las palabras, que de persuadir con el exemplo. Patriotas! Todo se ha de perder si nos pierden.... Religion, Patria, libertad y vida. Dios y el Rey en el co-*

F

*razon, el pundonor á la vista, y la razon en las manos.... Oh! qué estampa tan bella, tan poderosa para hacer huir, y aun derrotar completamente, no digo á Suchet, sino á toda la caterva de farsantes, que con los títulos de grandes Mariscales, ó grandes diablos, intentan destruir aquí lo poco que queda del Imperio de Jesuchristo! Qué dibuxo tan hermoso para reducir á polvo todos sus planes, todas sus Águilas, todas sus Legiones! Qué estampa en fin tan preciosa para hacerles confesar lo que Groferio Boniveto, Almirante de Francia, dixo á su Rey Francisco I. *Que cinco mil Españoles eran cinco mil hombres de armas, cinco mil caballos ligeros, cinco mil infantes, cinco mil gastadores, y cinco mil diablos.* Ciertamente se renovarían con ella las Vísperas sicilianas, y las victorias de Bicocha, Roncesvalles, Maya, San Quintin, Fuenterabía, San Juan de Luz, y la de las moscas de Gerona. Á ellos pues, patriotas, todos á una; á la vista siempre los ilustres triunfos y los timbres magníficos de nuestros mayores; *Dios y Fernando en el corazon, y es perdido el monstruo;* España va á inmortalizarse con la proteccion del Dios de los Exércitos, á coronarse de laureles, á conseguir en fin el fruto feliz de sus fatigas, que es su independendia, y la libertad de su amado Soberano.*

ración, al populacion de las ciudades y la guerra en
 las montañas. Oh! qué estampa tan bella, tan
 poderosa para hacer vivir, y para enseñar
 completamente, no digo á Suñer, sino á
 toda la estirpe de Sansones, que con los mán-
 los de grandes Marzucules, é hijos de el dios,
 intentan destruir aquí lo poco que queda del
 Imperio de Jesuítas. Oh! qué estampa tan
 hermosa para enseñar á poder salir sin planes,
 todas sus Aguas, todas sus Legiones! Qué
 estampa en las tan preciosa para hacerles
 entender lo que Gualdo Barroso, Almirante
 de Francia, dijo a su Rey Francisco I. Que
 cinco mil Españoles eran como un hombre de
 guerra, cinco mil soldados ligeros, cinco mil
 infantes, cinco mil granaderos, y cinco mil
 diables. Ciertamente se renovaban con ellos
 las Viperas escitasas, y las victorias de Bi-
 camp, - Mactarabre, - Tolosa, San Quintin,
 Fuentenabla, San Juan de Gual y de la de
 las moscas de Gersa. ¿ cómo pues, victo-
 rias, todos á una, á la vista siempre los
 ilustres triunfos y los timbres magníficos de
 nuestros mayores, Dios y Fernando en el co-
 Axaxo, y al perder el castro de España va á
 immortalizarse con la protección del Dios de
 los Ejércitos, á varabugo de las montañas, á
 conseguir en las el fruto bello de sus trabajos,
 que es su independencia, y la libertad de
 su amado Solimón.

